

sacar de su mochila unos ejemplares recién comprados (recordemos que los suyos se deshojaban ya, de tanto como habían sido frecuentados) y acercarse a don Juan. El anfitrión había sido oportunamente advertido de las intenciones del visitante y, generoso, decidió facilitarle las cosas. “Mira, Juan, este muchacho es lector tuyo y quiere que le firmes sus libros”. Mucha gente ha dicho que Rulfo era distante y hasta frío con quien se le acercara para tales fines, pero la historia dice que esta vez fue muy amable. Firmó los volúmenes con trazos veloces y le dio una leve palmada en el brazo al tembloroso receptor de sus atenciones.

Al amigo de mi amigo lo rebasaron las emociones, y la (relativa) calidez del *maestro* le dio el impulso necesario. Logró abrir la boca. En frases atropelladas y pronunciadas en voz más recia de lo debido, le expuso al escritor los motivos de su fascinación: el común origen en el sur de Jalisco, la sugestiva evocación del pasado y el lenguaje del campo, la belleza insólita de sus frases.

Rulfo escuchó la embestida de palabras ensalivadas sin parpadear apenas. Y cuando, segundos después, el muchacho redondeó el punto y, con ojos brillantes y una sonrisa, le dijo que le parecía el mejor escritor del mundo, intervino.

—Joven: ya no ande leyendo pendejadas.

Y se volteó para otro lado.

Lo demás fue puro silencio.



EXT. DÍA. Frente a la oficina de patentes
GABRIELA JAUREGUI

Dos hombres de espaldas. Ambos con el mismo porte y tamaño. Un traje de corte similar pero color diferente. Un perro callejero viene a olfatearles los pies de vez en cuando. Ellos siguen su intercambio sin prestarle mucha atención.

JUAN:

Escribir cambia el modo de leer y de que un escritor construya la tradición y arme su genealogía literaria a partir de su propia obra...

RULFO

[lo interrumpe]:

... contaba Piglia que decía Faulkner citado por mi hijo Rodrigo.

JUAN:

¿Quiénes son esas hijas y esos hijos en las letras?
¿Tus carnales en la lectura y en la escritura?

RULFO:

Los mismos que construí *diciendo aun después de que a mis manos les costó trabajo zafarse de sus manos muertas*.¹

JUAN:

Tus palabras reverberan contra las paredes de Comala, se escuchan contra el muro de un cementerio que fotografiaste hace años.

RULFO:

Los construyo a diario en esas palabras que corren y se desgastan hasta volverse poro abierto al viento pardo de Luvina.

PERRO

[para sus adentros, en su lengua de perro húmeda y calientita]:
... y que llegan hasta la Lagunilla, pero también hasta Lagos y Los Ángeles.

JUAN:

Esa misma fuga, o linaje, que había estado en esas palabras, tuyas, de Rulfo. Y, ¿quién de nosotros no ha estado en tus palabras? Quién no te ha sentido, como un sabor en la boca, como un ardor en la barriga.

RULFO:

Yo digo que es desde esas palabras que *entran por nuestros oídos y fluyen en nuestras venas*² que el pasado me presta sus palabras. Para cuidar el mundo desde mi presente.

JUAN:

Pero en ese cuidado, ese estar en las palabras, y luego en los zapatos, a sabiendas que esos zapatos húmedos no cruzan jamás el mismo río, se corre riesgo.

RULFO:

Pongamos la boca pues donde está el dinero, al revés de como dice el dicho gringo.

JUAN:

Ponerlo todo. Poner el cuerpo donde las letras. Buscar insertarse allí. Un ejercicio de escultura. Una disciplina.

¹ Juan Rulfo, *Pedro Páramo*.

² Charles Bernstein, “State of the Art”, *A Poetics*, 8, citado en Cristina Rivera Garza, *Había mucha neblina o humo o no se qué*.

RULFO:

Un peligro. *Ese peligro que nos ha acechado a través del contar historias, desde la primera fogata hasta hoy, el de enfrentarnos con nosotros mismos por completo —con toda nuestra oscuridad y nuestra luz al mismo tiempo— mientras que nos paramos sin juicios en suelo movedizo, con la esperanza de volvernos humanos tan siquiera un minuto. Ése es el único regalo que tiene un escritor.*³

JUAN:

¿Conoces la historia de Mi Suerte, un niño soldado en una guerra civil en algún país del este de África, que en ese flujo peligroso y rebelde de las palabras, en esas afinidades electivas termina por parecerse a nuestras tierras calientes de tantas formas, y que en su búsqueda a través de un país devastado, un país de muertos, se revela un homenaje a tu Juan, mi tocayo, pero desde otras latitudes?

RULFO:

Me gusta tocar las cosas con los ojos.
Por eso conozco muchas historias.
Tengo otra hija que se llama Cristina
y también cuenta historias.
[se pasa la mano izquierda por el pelo]
Las mujeres dicen que parir duele.

JUAN:

Ya mero va a ser nuestro turno.

RULFO:

Yo lo veo así. *El lenguaje es una piel: froto mi lenguaje contra el otro. Es como si tuviera palabras en lugar de dedos, o dedos en la punta de mis palabras. Mi lenguaje tiembla de deseo.*⁴



El regalo de bodas

MARIO BELLATIN

Imagino que ya regresaron de las playas del norte. Lo sé por los demás perros. Yo ya casi soy otro. Lo que se suponía una pequeña intervención quirúrgica se convirtió en una operación completa. Personal médico,

³ Entrevista con Chris Abani de Peter Orner: <http://therumpus.net/2014/02/the-rumpus-interview-with-chris-abani/>

⁴ Roland Barthes, *Fragmentos de un discurso amoroso*, Siglo XXI Editores, 1977.

salas especiales, anestesia general. Pese a lo esperado, la convalecencia perfecta. Nada de dolor. Incluso ya llevo a cabo una supuesta vida normal. Sin embargo, el periodo de convalecencia parece haber servido para tomar decisiones. Las principales escribir y tomar fotos todo el tiempo, y recibir, por supuesto, las visitas seguidas de Rulfo. Cambié también la disposición de la casa. Aparecieron cada vez más perros a mi alrededor. Deseché la mayoría de invitaciones. Estoy trabajando ahora con el libro largo, que tiene como título opcional *Nuestro vicio*. La escuela de escritores entra en receso por falta de subvención. Ninguna institución norteamericana la quiere financiar. ¿Será que nuestras letras han caído en un pozo indignante y dejan de ser consideradas peligrosas hasta para los regímenes más paranoicos? Ingresa a una suerte de sabático indefinido, que comienza a partir de diciembre. Pronto me van a traer un nuevo auto, para poder transportarme sin dificultades mayores en los próximos diez años. Organicé entretanto una serie de textos-imagen. Algunos incluso ya fueron publicados. No puede aparecer uno sin el otro, bajo ciertas características además. Aparece nuevamente aquel personaje, Rulfo, en una segunda o tercera ronda, solitario: Rulfo escribiendo rodeado del recuerdo de ciertos animales. Salvando las distancias espacio-tempore-sapientiales, como las imágenes bíblicas de San Jerónimo y su trabajo con la *Biblia*. A ver si esta noche voy a la mezquita a agradecer haber sido aceptado físicamente como descendiente de Abraham. Acudo con mi circuncisión a cuestas. Se trata de la intervención a la que me referí en un principio. Rulfo me sugirió llevarla a cabo. Lo hizo durante las incontables vueltas nocturnas sin sentido a las que me obligaba a participar sólo con el fin de no regresar a su casa. Se iba a encontrar con una serie de seres deformes, me decía. Tanto física como mentalmente, acostumbraba añadir. Nunca entendí aquello. Sus palabras, los paseos nocturnos. Ignoro a qué podía referirse si en esa casa sólo habitaban su esposa y sus hijos. He trabajado ya varias versiones de lo mismo —los libros imagen—, y van a salir publicados en distintas partes. Posiblemente en la editorial Anagrama, me pidió el último texto, pero tengo más libros para entregar, quizá se los dé a Bruguera o a Aguilar, para que realice una obra de varios tomos en papel biblia. Pese a los consejos de Rulfo, el trabajo que hice sobre Kahlo ya me lo han diagramado. Se trata de un texto con cuarenta imágenes. Aparecerá también el libro que Rulfo hizo con fotos tanto tuyas como de Graciela Iturbide, *Demerol sin fecha de caducidad*, es el título. Rulfo, mañana viaje con Alejandro el lingüista a las sierras de Pachuca en busca de un poeta náhuatl excepcional —pupilo mío en un programa—, pues Alejandro necesita un